

NOTA DEL DIRECTOR

La teoría del multiverso y la prueba ontológica de Dios

El surgimiento de la vida sobre el planeta Tierra o sobre cualquier otro planeta de nuestro universo, solo es posible si se da una serie de circunstancias muy especiales. Esto es lo que se conoce como “*principio antrópico*”. El mismo fue definido por Martin Rees, astrónomo presidente de la Royal Society, a través de seis números. Esos números o relaciones numéricas se dieron desde el primer momento de la existencia del universo hace casi 15.000 millones de años. De haberse registrado ligeras variaciones de esos números, la vida, tal como la conocemos, no habría surgido (para los seis números se puede consultar nuestro artículo “*Principio antrópico o principio de Copérnico*”, publicado en las actas del Congreso “*Filosofar Hoy*”, organizado por UCEL en octubre de 2005).

Según Rees hay tres posibles respuestas al surgimiento de esos números:

- a) La mera casualidad
- b) La existencia de un Diseñador inteligente
- c) La existencia de un multiverso

Rees se inclina por la opción c, es decir por la existencia de un multiverso, o sea un conjunto infinito o cuasi infinito de universos. En la mayor parte de esos universos la vida no habría surgido, pero en algunos, como el nuestro, sí.

Rees desecha la “mera casualidad” (opción a) aunque no se le escapa a nadie que la teoría del multiverso también se basa en la ley de los grandes números (¿casual?). La opción b, es decir la existencia de un Diseñador inteligente, la desecha porque estima que está “más allá de lo que puede decirnos la ciencia”. De todas maneras, cabe preguntarse si la teoría del multiverso no escapa también del ámbito científico. Esos pretendidos universos están más allá de nuestros sentidos y, probablemente, jamás podremos hacer contacto con los mismos. Claro que algunos científicos aseguran que una de las interpretaciones de la mecánica cuántica, la de Hugh Everett, podría servir de base para la teoría del multiverso. Lo que este gran físico estadounidense defendió es que, cada vez que un sistema cuántico tiene ante sí más de un camino, el universo se divide en numerosos universos segregados, en cada uno de los cuales sólo se concreta una de las posibilidades existentes. Nosotros habitamos precisamente el universo en el que las cosas acontecen como las observamos, y no nos es posible comunicarnos con ninguno de los otros universos, en los que duplicados nuestros observan la actualización de otras alternativas (para la teoría de Everett se puede consultar el artículo de Michael Clive Price mencionado en la bibliografía. Un distinguido físico y músico argentino, Alberto Rojo, profesor en la Oakland University de Michigan, ha escrito un interesante artículo titulado “*El jardín de los mundos que se rami-*

fican: Borges y la mecánica cuántica”, que se puede bajar de Internet. En él, después de hacer una breve pero clara introducción a la interpretación de los universos múltiples, muestra como el mundo de ficción de Borges se anticipó en el tiempo en su escrito “*El jardín*” de 1941 a la teoría de Everett de 1957).

Por otra parte, cabe hacerse la siguiente pregunta: ¿Es lógico imaginar infinitos o cuasi infinitos universos para explicar que en nuestro universo se han dado los números que explican el surgimiento de la vida compleja?

El físico Max Tegmak, uno de los principales partidarios de la teoría del multiverso, manifiesta que “*todos los universos lógicamente posibles, existen*”, lo que ha sido interpretado por algunos como una reminiscencia de la llamada prueba ontológica de la existencia de Dios que desarrolló hace mil años el teólogo Anselmo de Canterbury en su obra “*Proslogion*”. Si se demostrase empíricamente la existencia de los “otros” universos esa relación no sería válida, pero mientras eso no ocurra (y estimamos que será muy difícil que esa demostración se logre), la proposición “*todos los universos lógicamente posibles, existen*” sería equivalente a la proposición de Anselmo cuyo núcleo dice que “*Dios es un ser tal que nada superior a Él puede concebirse; suponer que Dios no existe más que en nuestra mente y no en la realidad equivaldría a afirmar que no es el ser más grande que puede concebirse, porque existir realmente es más grande que existir sólo en la mente*” (Kolakowski, en la obra citada en la bibliografía, pp. 92-93).

Como vemos, el teólogo medieval dedujo del mero concepto de “un ser tal que nada superior a Él puede concebirse”, su existencia. “*Según la tradición que proviene de Kant y de Hume, la falacia del argumento ontológico consiste en que intenta demostrar que el juicio “Dios existe” es analíticamente verdadero, mientras que ningún juicio puede ser al mismo tiempo analíticamente verdadero y existencial en su contenido*” (ibídem, p. 95). Sin embargo, nos podemos preguntar si hay otro ejemplo de juicio que combine esas dos propiedades: ser analítico y existencial en su contenido. “*Un candidato a esta quimera imposible es, sospecho, el juicio “algo existe”*. La razón por la que puede decirse que este juicio es analítico y, por tanto, “necesario” es que su negación “nada existe” no es solo falsa, sino también ininteligible y absurda: en efecto, si hay algo absurdo, es eso. Basándose en este supuesto, uno puede argüir que “algo existe” es igual a “necesariamente algo existe”. Uno se siente tentado a considerar idéntico este último enunciado con “algo existe necesariamente”, lo que equivaldría a la afirmación de Anselmo: la propia idea de existencia lleva a la convicción de que hay un ser necesario. Es verdad, sin embargo, que no es lícito, en términos de lógica modal, inferir “algo existe necesariamente” de “necesariamente algo existe”. Si tal inferencia no es permisible, se sigue que podemos sostener la última y negar la primera” (ibídem, p. 96). Como muy bien sostiene Kolakowski, no hay regla lógica que pueda decidir esta cuestión entre un empirista y un metafísico.

No abrimos juicio sobre el valor de la prueba ontológica desarrollada por Anselmo, prueba que ha hecho correr mucha tinta a lo largo de los siglos. Tomás de Aquino la criticó mientras Buenaventura la defendió; Duns Scoto la “coloreó”; Descartes, Leibniz y Hegel, con modificaciones, la aceptaron, y Bertrand Russell, a pesar de que no la aceptó, la consideró un notable ejercicio intelectual. Otros autores la han rechazado, pero el gran Kurt Gödel la desarrolló con el lenguaje de la lógica-matemática (para la postura de Gödel ver la obra de John Barrow, *Pi in the Sky*, mencionada en la bibliografía en su versión en español. Según Gödel, en cartas a su madre, “*estamos por supuesto muy lejos de poder confirmar científicamente la imagen teológica del mundo... Lo que llamo concepción teológica del mundo es la idea de que el mundo y todo lo que hay en él tiene significado y razón, y en particular un significado bueno e indudable. Se sigue de ello inmediatamente que nuestra existencia terrenal, puesto que tiene en sí misma un significado a lo sumo muy dudoso, puede ser solamente el medio para el fin de otra existencia. La idea de que todo lo que hay en el mundo tiene un significado es un análogo exacto del principio de que todo tiene una causa, sobre el que reposa toda la ciencia*”, p. 138.).

Volviendo al principio antrópico, algunos científicos suponen que la mencionada combinación de números respondería a una ley o teoría más general que daría explicación de los mismos (teoría del todo), pero esto no es más que hacer retroceder la respuesta un paso atrás. ¿Cómo se explicaría semejante fórmula o teoría que combina con tanta precisión los mencionados números? Claro que un no creyente podría preguntarse qué diferencia existe entre esa fórmula o teoría y Dios. Sin embargo, la fórmula no es más que eso, una fórmula que solicita una explicación, mientras Dios no necesita explicación ninguna pues él es la explicación de todo.

Los científicos seguirán debatiendo sobre la existencia o no del multiverso. Hay distinguidos físicos que aceptan su existencia y otros que no. Entre los primeros cabe mencionar a Martin Rees, Steven Weinberg, Andrei Linde y otros. Entre los segundos están Charles Townes, John Polkinghorne y otros.

Cabría también preguntarse si la existencia del multiverso se opone a la existencia de Dios. Distinguidos científicos creyentes aceptan la teoría del multiverso, por ejemplo: William Stoeger, George Coyne, Paul Shellard, Don Page, George Ellis y otros y no ven que haya una oposición de esta teoría a su concepción religiosa. Hasta el agnóstico Rees sostiene en “*Times on line*” del 18 de diciembre pasado: “*Let me say that I don't see any conflict between science and religion*” (en el artículo “*God, the universe and me*”).

Rogelio Tomás Pontón

BIBLIOGRAFÍA

- BARROW, John - TIPLER, F. J. *The Anthropic Cosmological Principle*. Oxford y New York, Oxford University Press, 1986.
- BARROW, John. *Pi in the Sky, Thinking and Being*. Oxford y New York, Oxford University Press, 1992. Hay traducción al español con el título *La trama oculta del universo*. Barcelona, Crítica, 1996.
- ELLIS, George F. R. “*Issues in the Philosophy of Cosmology*”, nov. 2005. Internet.
- HAWKING, Stephen y MLODINOW, Leonard. *Brevísima historia del tiempo*. Barcelona, Crítica, 2005.
- KENNY, Anthony. *Breve historia de la filosofía occidental*. Madrid, Paidós, 2005 (para Anselmo de Canterbury).
- KOLAKOWSKI, Leszek. *Si Dios no existe...* Madrid, Tecnos, 1985. Hay un excelente análisis del argumento ontológico de Anselmo en las páginas 92-98.
- POLKINGHORNE, J. C. *Quantum Theory: A Very Short Introduction*. Oxford, Oxford University Press, 2002.
- PRICE, Michael Clive. “*The Everett FAQ*”, <http://www.hedweb.com/manworld.htm>, febrero 1995.
- REES, Martin. *Just Six Numbers*. New York, N.Y., Basic Books, 2000.
- SHIKHOVSEV, Eugene. “*Biographical sketch of Hugh Everett, III*”, 2003. Internet.
- STOEGER, William. “*Retrodution, Multiverse Hypotheses and Their Testability*”, febrero 2006. Internet
- WEINBERG, Steven. “*Living in the Multiverse*”, nov. 2005. Internet.